

PQ8497
M33
Z478
1925

LSC
UNC-CH

ZULEN Y YO: TESTIMONIO DE
NUESTRO DESPOSORIO OFRECIDO A
LA...

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL



ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PQ8497
.M33
Z478
1925

PQ8497

.M33

Z478

1925

C-1 main

RC
3/16/89



00006004977

This book is due at the WALTER R. DAVIS LIBRARY on the last date stamped under "Date Due." If not on hold it may be renewed by bringing it to the library.

DATE DUE	RET.	DATE DUE	RET.
JUN 30 1995			
JUN 20 '95			
MAY 19 1997			
APR 29 '97			
MAR 10 2002			
FEB 18 2003			
JAN 04 2005			
FEB 02 2005			
OCT 13 2010			
JUL 29 2010			
MAY 29 2011			
JUN 10 2011			
RECEIVED MAR 04 2016			

Form No. 513.
Rev. 1/84

DORA MAYER DE ZULEN

ZULEN Y YO

TESTIMONIO DE NUESTRO DESPOSORIO
OFRECIDO A LA HUMANIDAD

• •
—
LIMA — 1925
—

IMPRENTA GARCILASO

PILETA DE LA MERCED 156

THE MAYER OF NUREN

191

ZULEN Y YO

TESTAMENTO DE NUESTRO CEBRADO
A LA HUMANIDAD

LIMA 1922

IMPRESA GARCIA
FOTOGRAFIA GARCIA

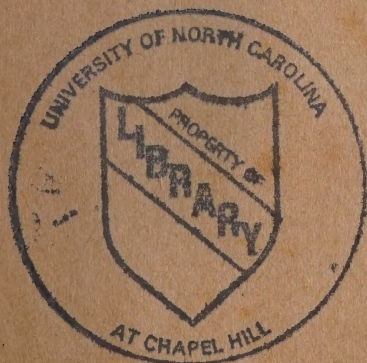
DORA MAYER DE ZULEN a *Angélica Palma*
amiga de los dos.

Mayo 1926.

ZULEN Y YO

TESTIMONIO DE NUESTRO DESPOSORIO
OFRECIDO A LA HUMANIDAD

LIMA — 1925



IMPRENTA GARCILASO

PILETA DE LA MERCED 156

RECEIVED

JOHN W. HARRIS

RECEIVED

RECEIVED

RECEIVED



INDICE

	<u>pág.</u>
I.—Los funerales de Carlos V.....	5
II.—Zulen como ejemplo	9
III.—Zulen y la “Gestaltpsychologie”	12
IV.—Edipo	16
V.—Yo acuso	19
VI.—Zulen como esfinge	27
VII.—La fiebre amarilla	30
VIII.—Tristan e Isolda	36

EPILOGO :

Carta al Arzobispo de Lima	41
Veredictos y Testimonios	43

LOS FUNERALES DE CARLOS V

Carlos V, rey de España y emperador germano-romano, tuvo el peregrino capricho de hacer celebrar en vida sus propios funerales. Colocado en un ataúd procedió el fúnebre cortejo que en honor de un muerto de su calidad hubiera que formarse; oyó las marchas fúnebres que a un monarca extinto acompañarían y sintió la majestuosa impresión de las ceremonias con que se rendiría el tributo del duelo al que hubo sido gobernante de un dominio en que no se ponía el sol. Era en Extremadura, allá por el año 1558. Las calles se envolvían en nubes de incienso; los grandes de España se inclinaban con rostros graves, fingiendo pesar; el pueblo acudía, curioso como siempre, a contemplar el extraño desfile.

¿Qué tendrá el relato anterior que ver con la que esto escribe? Tiene que ver que ella asistió a los funerales de su reputación tal como Carlos V presenció los funerales correspondientes a su real e imperial persona. Fué en Abril de 1916. Dora Mayer, como entonces lo era todavía, no se hallaba en categoría de una gran figura social, pero gozaba de especial renombre por su virtud e inteligencia; desde el Perú hasta la Argentina. De repente cunde la noticia de que dicha virtud se ha desmoronado, que una insana pasión ha borrado su virginal encanto, que sensual arrebató la ha confundido con la vulgaridad del mundo. ¡Decepción infinita de los que vieron en ella un lucero del ideal; dolor de las buenas amigas que aún la querían y la creían loca; piadosa compasión de aquellos testigos que la consideraban víctima de una debilidad humana, fruición sarcástica de los perversos que se recreaban en esa nueva derrota del principio del bien, su eterno adversario y eterna amenaza; triunfo jubiloso de ciertas medianías que veían ahora cerca el momento de subir más alto que la a quien la opinión general había hasta ese instante adjudicado título de superioridad.

Sí, con toda pompa se habían celebrado los funerales de mi reputación. Aunque no se oliera zahumerio por las calles, ni se viera las banderas a media asta, por todo Lima vibraba el comentario fúnebre, y se extendía a las provincias, y en la República Argentina, en Chile, en Bolivia y el Ecuador la gente se preguntaba qué había sucedido.

Mientras tanto yo, con la virginidad del cuerpo y del alma palpitante y viva, no había hecho sino, como Carlos V, un simulacro de muerte. Pero no lo había hecho por capricho, por excentricidad vanidosa o desvarío místico, sino que lo había hecho con la mirada fija en un hombre enigmático, que me amaba y no lo quería confesar, y no quería permitir que yo fuese su salud y él la mía.

Causas potentes, causas que labraron mi psicología y la de Zulen, causas tan enormes que no pudieron sino producir situaciones álgidas; nunca vistas, me impulsaron,

Yo he sido Dora Mayer hasta el año 1920, en que se consumó un hecho a raíz del cual, consecuente con mi rectitud y franqueza, tomé el nombre de mujer desposada y comencé a firmar Dora Mayer de Zulen.

Desde luego, en 1916 no hubo motivo para la alharaca que se produjo. Pero admito que hubo razón para ella, por el engaño de las apariencias. La consternación de la sociedad ante mi insólita conducta ni por un momento me ha sorprendido. Tampoco, sin embargo, he reconocido jamás a la sociedad un derecho de exigirme acato a sus juicios delante de un interés intenso y personal mío, del cual ella nada sabía. No había yo de sacrificar mis esperanzas de dicha, mis reclamos de verdad, a una sociedad que no vela, realmente, por la moral, sino por un decoro convencional. Porque, los miembros de esa sociedad que se retraían espantados de mí, no se retraen en ninguna ocasión de las personas que bajo capas de armiño cometen con respetado sigilo el centuplo de las incorrecciones que se atribuían a la autora de las famosas publicaciones en el No. 43 de "El Deber Pro- Indígena".

En aquellos días me dijeron: "Dios no castiga la culpa, sino el escándalo". Esta frase no puede estar escrita en ningún libro sagrado, o si lo está, y no es un mero invento de conciencias acomodaticias, ha sido escrita en un sentido que más tarde no ha sido bien interpretado. Tal vez se ha querido decir que la culpa se hace imperdonable cuando se le exhibe sin vergüenza y se dá lugar a que se propague con el ejemplo. Siempre para Dios y la con-

ciencia humana sincera la culpa tiene que ser lo fundamental, y mal anda una sociedad a la cual poco le importa la culpa con tal que se omita el escándalo.

Tuve que convencerme, por repetidas afirmaciones, de que la sociedad limeña, o sea, toda la contemporánea, me tachaba no tanto por la aventura erótica que en hipótesis suyo había atravesado, como por la publicación que había hecho de mi asunto. Ahí no podía concordar con ella. Para mi modo de pensar lo esencial fué el no haber tenido las faltas que el mundo suponía haber como origen del incidente—el no haber nunca descendido de las esferas transparentes de pureza e idealidad donde me habían creído afianzada aquellos que me confirieron una reputación envidiable. Eso lo quise explicar inmediatamente, pero nadie me escuchaba ni entendía. Y tuve que callar, murmurando: “Para verdades el tiempo”.

La yanqui, Miss Ana M. Graves, que intentó catequizar-me en el año 1922 sobre el tema, endilgándome una carta de 14 páginas escritas en letra menuda, apunta entre otras cosas el siguiente párrafo: “No profeso el culto de la virginidad, pero sí adoro tal cualidad de la mente y del corazón que hace capaz de satisfacer los anhelos del amor sin ningún anhelo sexual. Un hombre puede tener esta clase de amor hacia su esposa y una mujer hacia su esposo. Ese amor-amistad, que no se ocupa de la relación sexual es lo más bello que puedo imaginarme”.

Poco adivinó, evidentemente, la Srta. Graves, que era justamente un caso de amor de la especie descrita el que tenía por delante.

Esto da la medida de lo que parece suceder a todos los contemporáneos de los grandes dramas íntimos de la humanidad: ellos son demasiados excépticos para admitir la posibilidad de que realidades hermanadas con los episodios sublimes de la historia se operen positivamente en su presencia. Solo con los ojos fijos en un proscenio de teatro o las páginas de un romance se llora simpatizando con los dolores de los caracteres atormentados, sólo a los héroes y heroínas de tragedias y novelas hace justicia el comentario ilustrado y esclarecido de los críticos literarios. La doctrina más atrevida, escrita, es aplaudida y comprendida por los intelectuales—pero no debe ser vivida. El amor de Abelardo y Eloisa es legendario, pero debe venirnos como un eco lejano desde el siglo XII, porque, si fuera del año actual, Eloisa estaría dando escándalo y Abelardo sería odiado.

Ahora siento que tendré que defenderme de un nuevo cargo: el de la presunción. He hablado de mi virtud y de mi inteligencia. La palabra virtud significa, en el sentido en que se usa con frecuencia, nada más que continencia sexual. La mujer virtuosa en semejante sentido puede tener por lo demás, mil defectos que la privarían del calificativo si el término virtud se empleara con miras más amplias. Desde luego, la referencia que hago a la virtud mía es también en el sentido estrecho de la palabra y no me atribuyó excelsitudes de ninguna otra clase.

En cuanto a mi inteligencia, su mérito es relativo, pero ha sido suficiente para hacerme visible, y crear la posibilidad de que hasta la posteridad me recuerde y contemple como lo hace con Mercedes Cabello de Carbonera, Clorinda Matto de Turner, Teresa González de Fanning, etc.

He sido acusado de haber dado escándalo. Sobre todo, he traído abajo el alto prestigio de que gozaba la Asociación Pro Indígena, una de las obras de más elevado aliento que se hayan emprendido en el Perú después de la campaña del inmortal Las Casas en defensa de la Raza del Inca.

Es una seria responsabilidad mía no dejar que la ficción historiográfica se teja alrededor de los hechos de los cuales solo yo puedo dar fé exacta y evitar que las fáciles hipótesis del vulgo enloden la imagen de los que fueron las dos columnas principales de la fenecida Asociación Pro Indígena, Pedro S. Zulen y yo.

Ignoro cuantos años de vivir me restan. Lo que debe hacerse, mejor es hacerlo hoy. Es mejor hacerlo hoy, porque el mañana puede fallar, y porque hoy existen todavía todas las personas y entidades que pueden confirmar mis asertos, y están frescas aún las impresiones relacionadas con los dos personajes del asunto.

Anticipo que la tarea que emprendo será difícil y larga. Se trata de hacer comprender dos almas que se salen de lo común—que han tenido que salirse así por lo peculiar de las circunstancias que las rodearon. Cerebros hay en Lima muy capaces de pesar científicamente la fuerza de los impactos fatales y psicológicos que presionó a Zulen y a mí—sólo falta saber si querrán aceptar un envío que no viene firmado por un Pérez Galdós, un Blasco Ibáñez, un Upton Sinclair, un Rabindranath Tagore, un Máximo Gorki, o un Hauptmann.

Hacer comprender a mí será algo más fácil que hacer comprender a Zulen. Debo confesar que yo misma no he

acabado de comprenderlo, pero estoy segura de haber cogido su valor fundamental, siendo únicamente los datos accesorios que con el silencio letal del protagonista de mi drama quedan en la penumbra del misterio que eternamente se halla entronado en el plano donde las facultades mentales no alcanzan a leer el pensamiento y no se ven los registros que marcan las ondas de la emoción individual.

¡Surja la figura de Zulen de mi lápiz evocador!

ZULEN COMO EJEMPLO

Escrito para el Boletín Bibliográfico de la Universidad de San Marcos

Pedro S. Zulen tiene para mí una multitud de aspectos a cual más dignos de un prolijo estudio psicológico, pero, en la ocasión presente queda limitado, por supuesto, el tema a aquellos puntos apropiados para ocupar un lugar en las columnas del Boletín Bibliográfico de la Universidad Mayor de San Marcos de Lima.

Para la función de Bibliotecario que lo hizo notorio a los ojos del público de las aulas académicas limeñas, calificaba a Zulen la condición cardinal de ser un lector incansable y dotado de una rígida norma de criterio propio. Sólo un hombre que conoce los libros expuestos en la estantería por dentro, y no únicamente por el forro, sólo el hombre que hurga sin cesar en las noticias sobre las novedades importantes en la literatura científica y estética, y que luego no deja arrastrar su espíritu cual útil arena por cada persuasión sucesiva de los autores, sólo tal hombre puede ser eficaz consultor y consejero, guía y piloto de una juventud estudiosa que penetra anhelante pero desorientada en el mar de los documentos del saber humano.

Al lector incansable no se le escapa un plagio, una pretensión fraudulenta de ambiciosos intelectuales que no cuentan con suficiente bagaje propio de inspiración para destacarse como su vanidad pide; no se le escapa el dato histórico consignado en un lugar que corrige al consignado en otro; no le queda oculta la mina donde se podría sacar más información sobre determinado tema, aunque el tiempo haya faltado para seguir la veta por todas sus ramificaciones.

Zulen era en el amplio sentido de la palabra, un erudito, más no un erudito seco que acopia datos como un avaro amasa riqueza, sino un sabio que quería los conoci-

mientos con el objeto de hallar el perfeccionamiento de la humanidad.

La vida de Zulen, desde que se acercó a la madurez intelectual, fué una búsqueda tenaz de medios que pudieran remediar los defectos sociales, esos defectos que se pronuncian en tan crueles relieves así mismo en las selváticas regiones habitadas por tribus y pueblos primitivos, como en el dorado marco de las magnas urbes civilizadas.

Zulen no fué vidente privilegiado: no acertaba con instinto sobrehumano en la panacea que perseguía; tanteaba, ensayó una doctrina y otra; se aproximó a los predicadores demagogos, a los filósofos, a las cátedras altas y bajas, jadeante de sed psíquica por algo que levantara al mundo de esa decadencia moral en que a la presente generación le ha tocado vivir. Así lo vemos soñar con el federalismo en el Perú y hojear los libros de los libertarios de la época post-guerra-europea, y sobre todo, luchar largos años por la redención del indígena incaico, y termina, tratando de infundir como maestro el fuego de su alma en la legión estudiantil, obra que significa la postrera esperanza de una energía que se extingue.

Ah, si Zulen no hubiese sido todo sentimiento, en nada habría aventajado a las celebridades huecas, egoístas y profanas que pululan por doquier. Zulen tenía un alma de sensibilidad afinada a fuerza de una intimidad precoz con el dolor. A los diez y nueve años era un joven grave, de criterio ponderado, de meditación profunda. Los tristes relatos de los indígenas que a diario le llegaban cuando desempeñaba la Secretaría General de la Asociación Pro-Indígena, laceraban su corazón en donde dormían los ecos del sufrir.

Fruto sazonado por las dificultades y obstáculos, aquellos generadores consabidos del triunfo de los talentos predestinados, Zulen ostentaba cristalizado en su temperamento el estoicismo del que marcha habitualmente sobre las espinas del desengaño. La dulzura original de su carácter le impedía convertirse en un epemigo de sus prójimos y la honradez de sus principios le prohibía quemar en la cumbre del éxito, lentamente conquistada, un castillo pirotécnico de vistosas frivolidades.

Zulen tenía la costumbre de poner la duda por delante en sus intentos de formar un juicio—y cuando, como sucedía muchas veces, la insinceridad de los hombres corroboraba esa duda, se recogía en sí mismo con un gesto de ironía peculiar a sus facciones. Pero, cuando después

de un atento voltear de la medalla del anverso al reverso y vice versa, la evidencia de un sano mérito vencía su pesimismo; con qué sonrisa callada y feliz se rendía al testimonio de los hechos!

En el ejemplo que importa la vida de Zulen para la juventud intelectual peruana, predomina su amor a la realidad y la integridad. Zulen no persigue honras, ni riquezas, sino el saber y la tarea útil para la humanidad. Cuando el Estado le facilita el viaje de estudio a Norte América, no descuida el deber de devolver a la Nación el desembolso que ha hecho por él. Trae de Howard College métodos de organización bibliotecaria, contactos con ideas y sistemas nuevos.

Para el absurdo modo de sentir reinante entre nosotros, era preciso que Zulen fuera al extranjero para ser tomado en cuenta por los lugareños. Pero no son más que paucos rasgos adicionales los que Zulen debe al pomposo centro de luz en el Norte. Su singular valor moral lo poseía Zulen ya antes de poner un pie en lejana tierra.

Antes de su salida del país fueron la iniciativa de paciente investigación científica, el desprecio de las vanas apariencias, la laboriosidad firme, la prolijidad; casi exageradamente minuciosa, el sano propósito de bien social, que son las galas que adornan esa existencia que se truncó en los embates de una lucha demasiado despiadada y que constituye las bases del modelo que la carrera de Zulen establece para una juventud leal que quisiera engrandecer al Perú.

Debiera concluir ya, pero no me resigno a hacerlo sin referirme a la pequeña, quizá técnicamente poco importante obra de Zulen como poeta. Es en la poesía lírica que el individuo se da generalmente con la franqueza mayor, con una especie de confianza espontánea. Por supuesto que la musa de Zulen es lírica — cualquiera que lo hubiese conocido lo adivinaría.

La poesía de Zulen es en efecto el reflejo más cabal del ser de su autor; es pura, delicada y sutil; es completamente original, inimitable; es una violeta del Parnaso que avergüenza a los versos de encendidas y sensuales imágenes, tan en boga hoy aquí, las cuales no pueden ocultar bajo la belleza de los colores la deplorable animalidad de los conceptos.

Pureza—mágico afluviio de la idealidad—pureza en su pluralidad de aplicaciones; ¡oh jóvenes concurrentes a las salas de lectura de la Unipersidad Mayor de San Mar-

cos, para quienes escribo esta colaboración; consagrad en vuestra conciencia la pureza como el ejemplo supremo que os dejara Zulen!

Callao, junio 1925.

ZULEN Y LA GESTALTEPSYCHOLOGIE

Cuando a fines de Enero y principios de Febrero de este año salían a luz los periódicos de Lima con artículos necrológicos sobre Pedro S. Zulen ¿no habrá pensado nadie en que yo también debí hablar al lado de los buenos y cariñosos amigos que honraban la memoria del difunto?

Tan es así que me tocaba parte en el fatal acontecimiento, que perdí, mientras los otros intelectuales hacían uso de la pluma, durante un par de meses el poder de leer y escribir.

Solo tres meses después del memorable 27 de Enero, es decir, el 28 de Abril, he cobrado valor para leer los periódicos de aquel momento a que me refiero.

"El sepelio del Doctor Zulen"

Me parece un ser extraño ese Dr. Zulen, pues yo conocí a Zulen solo como el Secretario General de la Asociación Pro-Indígena. Por muchos años no entraba en mis conceptos que Zulen pudiera ser jamás otra cosa que permanentemente el Secretario de la Asociación Pro-Indígena. En Jauja, en 1918, lo ví figurar como un intelectual distinguido—ya se había desintegrado un tanto la imagen original, que no era la de un intelectual distinguido, como hay bastantes, sino de un apóstol.

Y al sepelio de ese Dr. Zulen, catedrático de la Universidad Mayor de San Marcos, asistió lo más graneado del mundo catedrático limeño, el Rector del Claustro, el Decano de la Facultad de Letras, luego el Ministro de Instrucción, el Decano del Ilustre Colegio de Abogados, y multitud de admiradores del extinto. Pero ningún indio de poncho, ninguno de esos humildes ciudadanos o meramente peruanos autóctonos que carecen de verdadera ciudadanía, a causa de continuar analfabetos, por quienes Zulen dió las primeras energías de su juventud y quizá los alientos más grandes de su corazón, ninguno de los típicos representantes de la Raza Indígena estuvo, prestando un hombre para cargar su ataúd. ¡Qué extraño! No habría creído que el entierro de Zulen pudiera haberse hecho sin que un

grupo de comuneros todavía irredentos, pero llamados siquiera por la voz de la Asociación Pro-Indígena a la batalla por sus derechos humanos, siguiera el cortejo, con faz doliente y sin embargo esperanzada.

Sólo uno de la Magna Causa de la Pro Indígena se aprestó a rendir el homenaje de solidaridad a Zulen. Pero ese único doliente no concurrió al sepelio, porque había tomado otro camino. Era Ezequiel Urvioña, el pobre, pequeño, casi jorobado, paladín de la redención social, con alma de maestro rural y calor también de apóstol. Urvioña fué, en nombre de todos los indios, al entierro de Zulen, y fué hasta el Cielo.

.....
Sí, así era Zulen como lo pintan sus amigos: I. R. Barcena, Carlos Valdez de la Torre, Mario Chávez, Enrique Bustamante y Ballivián, José Carlos Mariátegui. Así era, hijo de un casto hogar; un espíritu puro y bueno, como dice, resumiendo lo mejor que caracterizaba su personalidad, un escritor en "La Crónica". Así era, callado, gentil; modesto, pero soberbio, en la conciencia de su valer interior; sólo las más de las veces, ante el antagonismo de los intereses creados o la envidia, de los ególatras.

Sí, "su vida ha sido un suicidio", como declara Luis Alberto Sánchez. Tanto en los asuntos relacionados con la Asociación Pro-Indígena, como con la Biblioteca de la Universidad, no era Zulen sólomente el miembro o el empleado activo, sino el gestor de toda la evolución de la obra que estaba a su cargo. Inmensa labor de paciencia y de esperas en oficinas mal atendidas, o ante protectores dispersos, que no ha marcado el minuterq sobre la esfera que se ostenta a la vista del público, permanece oculta detrás del trabajo de ese hombre que al fin ha arrancado una exclamación de reconocimiento a sus prójimos.

Sí; el testimonio de todos los que hablan sobre Pedro S. Zulen en la hora de las cuentas terminadas, concurre en un mismo sentido. Sin nota disonante, sin panegíricos inverosímiles, la voz de todos hace surgir una figura, de la que todo Lima, todo el Perú dirá: "es él; es él, como andaba por la senda de la vida, culto, imperturbable; alma de estoico, según la palabra acertada de Félix Navarro Levina, que aguilataba tranquilamente en la llama del sufrir el oro del ideal, y dejó a la generación contemporánea un ejemplo y un símbolo".

.....
Sí, así como lo pintan sus amigos, con la veracidad

pura y perfecta causada por la impresión de su muerte, así era Zulen. Todos ellos dan fé de lo que era el verdadero Zulen. Yo soy la única que he visto un Zulen que no era el verdadero. Zulen ha sido invariablemente bueno con todos, y sólo conmigo ha sido malo. Zulen ha sido correcto siempre en sus actos hacia propios y extraños y solo hacia mí ha sido incorrecto.

Y surge aquí la intervención de la "Gestaltpsychologie" en la crítica de la personalidad histórica de Zulen.

¿Cuál es la "Gestalt" o figura moral de Zulen para que yo pueda interpretar verídicamente una conducta particular de Zulen que está en contradicción con el aspecto general que a él caracteriza? He ahí un maravilloso problema.

.....
El punto de la "Gestaltpsychologie", y la "Gestaltqualität" que mediante ella se descubre, ocupa un capítulo en el folleto "Programas de Psicología y Lógica, según los cursos dictados en la Universidad de San Marcos, por Pedro S. Zulen", que acaba de publicarse.

La palabra "Gestalt" que en el caso aludido emplean los filósofos alemanes, quiere decir "conjunto" o "figura". El analítico deshace un todo y lo descompone en sus partes; un investigador gestaltpsicológico emplea el método contrario: coje de golpe la totalidad del objeto de su estudio y mira cada parte componente en el sentido de la relación que tiene con la totalidad. Por ejemplo: cada letra del alfabeto carece en sí sola del sentido que adquiere en la composición de una palabra escrita; cada nota musical sola carece del sentido que adquiere en la composición de una melodía. Desde luego, la palabra es la "Gestalt" a que debe referirse, como parte ortográfica, la letra; la melodía es la "Gestalt" a la cual debe referirse, como parte armónica, la nota musical.

De este modo, el acto de un hombre debe ser referido a la "Gestalt", o sea, la figura moral entera, del individuo que lo ha realizado. Los actos humanos solos, tomados como meros átomos analíticos, vistos sin la luz que arroja sobre ellos la individualidad del ser que directamente los ejecutó, no significan nada en sí para un examinador de los valores morales.

Por ejemplo, tomemos la figura de Napoleón I. No basta que Napoleón I sea el vencedor en Austerlitz y Jena para declararlo un hombre grande. Se podría recordar el juicio casi bestial que entretenía sobre las mujeres o su

miedo pueril a los pericotes, para declararlo pequeño. Haría que buscar, para completar su retrato moral, la genialidad de concepto que revelan algunas de sus frases históricas, y traer a la memoria algunas de sus otras que daban fé de lo que menos tenía: corazón; y contemplar su Código Civil para admirarlo como espíritu organizador en la paz lo mismo que en las batallas, a la vez que tacharlo de mentalidad limitada y despótica.

Del conjunto de todo lo averiguado sobre la psicología de Napoleón se desprendería para el criterio el veredicto sobre si había sido un hombre bueno o malo, grande o pequeño, noble o innoble.

En tesis general, si el testimonio de la "Gestalt" o figura entera de una persona histórica (o no histórica) arroja el veredicto de que tal persona ha sido mala, pequeña o innoble de caracter, debe inducirse generalmente que los actos buenos, grandes y nobles que se le atribuyen, se han producido más bien por casualidad o por vanidad que por virtud, y si arroja el veredicto de que ha sido buena, grande y noble, debe inducirse que los actos malos, pequeños o innobles que se le atribuyen han ocurrido por fuerzas abrumadoras del destino o que necesitan de una explicación que los pongan en congruencia con el temple moral del individuo en cuestión.

No hablo por supuesto, en este último caso, de una clase de imperfecciones que deslustran a las figuras humanas por la simple razón de que no hay ser humano de perfección cabal, sino de imperfecciones que no se reconcilian con el aspecto de la psicología resumida o conjunta, de un individuo. A un hombre bondadoso se le puede conceder un arranque de violencia, pero no un largo proceso de crueldad refinada y deliberada, así como a un hidalgo se le puede perdonar un gesto temeroso, si sus reacciones son generosas y terminantes. Jesucristo vió en San Pedro la roca de su evangelio, porque ni el titubeo durante la Pasión lo engañaba respecto de la psicología, o sea la "Gestaltrealidad" de su discípulo.

.....

De tal modo es que he querido escribir sobre Zulen, pero no forjando un artículo de panegírico convencional y ocultando la mitad de lo que sobre él pienso. A él, más que a nadie, dedico y dedicaré la verdad de todo mi sentir y la honda fé de que él ha vivido, unido espiritualmente a mí, con el anhelo que en ambos nosotros ha tenido encen-

dida inapagable llama vocativa, de servir la causa del renacimiento moral del Perú.

Lima, Mayo 17 de 1925.

EDIPO

¿Ha existido Edipo, el héroe de la tragedia griega?

Se me contestará que la historia de Edipo es un mito.

Sin embargo, yo digo que esa historia que se coloca entre los mitos, pertenece a la vida real, aunque su verdadero protagonista no se haya llamado Edipo, ni los detalles del caso hayan sido tales como el dramaturgo los arregló.

Puede tenerse por seguro que toda obra literaria inmortal refiere un problema que ha sido vivido. El gran poeta, sea épico, lírico o dramático, bebe su inspiración de hechos positivos que ha experimentado en su propia persona o los ha sentido, emocionalmente, al observarlos en la esfera exterior. El don especial del poeta, el de la imaginación, hace que no relate secamente las circunstancias habidas, sino que las transforme en una trama bien dispuesta en que se entretejen diversos incidentes que convergen a la tesis central.

¿Cuál es la tesis central a cuyo rededor desarrolla Sófocles su imponente tragedia filosófica?

La tesis es el triste dilema de la *culpabilidad inocente*. Edipo comete los más horribles crímenes; y no obstante, es inocente de ellos. La responsabilidad de los crímenes aludidos radica en la fatalidad, ese poder inescrutable que circunda al hombre, y no en el individuo respectivo, que actúa como un instrumento ciego de la predestinación.

Edipo es hijo de Layo, rey de Tebas y de Jocasta. Alarmado Layo por los anuncios del oráculo, que le comunica que su vástago llegará a ser su asesino, lo manda expósito a un monte donde pastores lo recogen y en seguida lo crían. Conocedor más tarde Edipo de las profecías funestas acerca de él, cree que el peligro de que se realicen se halla en Corinto y se dirige por eso, huyendo del vecindario, a Tebas. En el camino se encuentra, gracias a la fuerza del sino, con él que era su padre, y a causa de una disputa lo mata, sin adivinar que así se cumplía el vaticinado parricidio.

En Tebas, que supone ser para él un lugar completa-

mente extraño, liberta con su ingenio a la población de las depradaciones de una esfinge, y recibe en premio la mano de la reina viuda, lejos de darse cuenta de que élla es su madre. Después de que cuatro hijos han nacido de su malhadado matrimonio con Jocasta, la vulneración oculta de las leyes de la moral se manifiesta al fin en el estallido de una peste, y Edipo, buscando quien haya traído esa maldición sobre su país, se convence un día con horror de que es él mismo. Desde el momento de semejante revelación desea el infeliz rey abandonar su trono, y al fin lo hace, peregrinando errante, en compañía de su ejemplar hija Antígona, hasta alcanzar un refugio en el bosque de las Euménidas en Atica, en cuyo santuario terminan las pruebas impuestas a su alma atormentada. Los dioses se reconcilian con él y Tebas lo honra como merecía, porque, para quitar de los hombros del rey fatal el peso de sus culpas involuntarias no faltó sino el triunfo de la verdadera justicia.

Elocuente se destaca en el citado mito de Edipo el ambiente del bien que rodea al infeliz monarca en medio de los atroces conflictos que no son de su responsabilidad. No sólo que su deseo es siempre escapar de los delitos a que una implacable predestinación quiere forzarlo, sino que uno de los frutos mismos de su incesto inconsciente resulta, no un espíritu del vicio, sino de la virtud, que en sus horas más negras lo consuela y lo acompaña hasta dejarlo en la paz del último asilo.

.....
La prueba de que el pensamiento de Zulen no ha estado ajeno al problema de Edipo la tenemos en el capítulo "Psico-análisis" de su Programa de Psicología, donde, en la página 4, figura el acápite "Caracter del complejo Edipo".

¡Quién sabe si en sus silenciosas vigiliass Zulen no ponderara en la analogía de su caso con el de Edipo, el mártir de la culpabilidad inocente!

La historia se repite sin cesar, no obstante las transformaciones de mil en mil años. Parece que en el, para nosotros, moderno siglo XX de la era cristiana el insondable destino hubiese renovado el dilema contemplado en el quinto siglo de la era pagana y hubiese empujado a un hombre bueno, a un hombre ejemplar, a presentarse ante la sociedad como al culpable de acciones denigrantes.

Veamos lo que ha hecho Zulen:

Zulen permite que, en 1916, le inmoles mi reputación

entre la sorpresa atónita de las gentes, y no articula una palabra en mi defensa; Zulen recibe de mí el obsequio de la parte principal de mi fortuna, sin hacer el menor gesto de agradecimiento; Zulen parece olvidar los sacrificios mucho más penosos que la entrega de mi haber pecuniario y de un renombre que no tenía porque sufrir menoscabo, que hice por él; Zulen me pide, el 25 de Junio de 1920, que apague la luz vestal del templo de mi hogar y sea suya; Zulen se embarca para Estados Unidos de Norte América el 28 de Junio del mismo año 1920 y a su regreso dice, fiel a la mentira que desde hace años había erigido entre nosotros, dice, repito, en Octubre de 1922: "esta mujer es nada mío". Zulen muere, y se confiesa católicamente antes de morir, y no da una leve, reparadora prueba de que siente una responsabilidad hacia la mujer que ha sido mártir, no únicamente por el amor gratuito de ella, sino también por la conducta deliberada de él.

.....
Personas de mentalidad delicada no pueden dejar de advertir que los rasgos de conducta revelados en Zulen envuelven una contradicción misteriosa, en la cual superan con énfasis poderoso, tal como en el ejemplo de Edipo, los caracteres de pureza y de idealidad a los de inculación y deslustre.

Ese cadáver que contemplé en el ataúd el 28 de Enero de este año (1925) llevaba sobre la frente y sobre las manos el sello de paz divina que los dioses griegos pusieran sobre las sienes de Edipo en el retirado bosque de las Euménidas.

El silencio hablaba desde los labios de ese muerto. Zulen había sido un hombre puro y bueno como pocos; un hombre capaz de realizar un inmenso sacrificio, un hombre capaz de una consagración infinita al ideal del humanitarismo, un ser que, sintiéndose uno conmigo en idealidad, no había trepido en arrastrarme consigo en su holocausto.

.....
Quizá no pase de media docena el número de personas que han conocido a Zulen más allá del epidermis y entre esta media docena sea quizá yo el único individuo premunido de testimonios suficientes, y de dotes de expresión bastantes para descifrar, aunque también imperfectamente, el jeroglífico de esa alma hermética.

Y debo cumplir la tarea difícil y penosa, obviando por medio de una oportuna obra autobiográfica el peligro de una deformación biográfica posterior.

YO ACUSO

Nadie acusaba a Zulen y yo lo acusé.

Nadie acusaba a mí, y yo acusé a mí misma.

Ninguna murmuración me desacreditaba cuando hice las revelaciones sobre mi amor a Zulen, en abril 1916. Ningún hombre se jactaba indelicadamente de haber conquistado mi corazón o de haber alcanzado la rendición de mi persona, ni entonces, ni más tarde, cuando hice una nueva revelación, adoptando el apellido de Zulen.

Todo el asunto, o escándalo, Zulen-Mayer es exclusivamente obra mía. Zulen juega en el proceso un papel mudo o negador.

Quiero que el público se dé cuenta clara de esto, porque allí estriba una singularidad del caso que me ocupa. El público debe comprender que no se trata de una de esas situaciones comunes en que una mujer se avergüenza de su pasión de amor y tiene el mayor afán de ocultar lo que en su aventura ha ocurrido. La vergüenza que siente una mujer de su historia de amor es el índice del espíritu con que ella ha procedido: o han sido indignos los móviles que la han arrastrado o han sido tan fuertes para ella los prejuicios sociales que no ha llegado a la luz del reconocimiento de su derecho de amar. • • •

¿Por qué denuncié mi conflicto con Zulen? No por capricho, no acometida del hipo de notoriedad, sino porque ya no veía medio de hacer frente a la incalificable actitud de él. Con esa franca y espontánea denuncia no hice más que poner el interés de mi felicidad interior muy por encima de las consideraciones de una probable repercusión exterior.

.....
Yo conocí a Zulen el 24 de Abril de 1909, con motivo de una discusión sobre el problema indígena propuesta por él en las conversaciones organizadas por el Centro Universitario, que funcionaba en ese tiempo en la calle del Fano, bajo la presidencia de Oscar Miró Quesada, y con asistencia de Víctor Andrés Belaúnde, los hermanos Alayza y Paz Soldán, José de la Riva Agüero, Pedro Dulanto y otros.

Ahí nació la Asociación Pro-Indígena que estableció un contacto frecuente entre Pedro S. Zulen y yo.

A los dos años, en 1911, en un momento que puedo precisar, se me hizo consciente el haberme enamorado de Zulen. No tardé en procurar dar a entender a él los sentimientos que sentí brotar, como lo habrían hecho muchas mujeres en mi caso. En Setiembre del mismo año le declaré mi amor. Fué con ocasión de volver Zulen a visitarme, después de haber sufrido una grave pleuresía, a raíz de la cual el Dr. Barton le previno que era candidato para la tuberculosis, como me lo refirió Zulen con aire triste y tranquilo que me inspiró angustiosa pena.

La personalidad resignada, persistente, suave, fina y caballerosa de Zulen producía un efecto mágico en mí. Me dominó con un inefable amor de alma.

Llevado el asunto de mi amor por él a un terreno de sinceridad inusitada, se trató entre nosotros en repetidas oportunidades del tema, sosteniendo él que no correspondía absolutamente a mis anhelos. Sin embargo, la confianza de nuestra amistad había ganado con la franqueza que yo había introducido.

¿Y por qué no hube de ser franca? Mi amor tenía quizá ya en aquella temprana época el impacto de un volúmen que no cabía en el silencio del fuero interno. Era un poder que habría roto las paredes de mi figura si no hubiese podido expresarse tomando camino hacia el aire libre; era un númen que crecía y crecía, hasta pedir para espacio el mundo y luego el infinito, la eternidad.

Prácticamente hablando: yo era 22 años mayor de Zulen; yo le llevaba algunas ventajas ganadas en esos 22 años de delantera, o derivadas de bienes de familia. Hubo cierta razón en que yo tomara la iniciativa en la declaración de mis sentimientos.

La edad de Zulen, no la supe en esos días y en mis cálculos hipotéticos sobre ella ansiaba estrechar un poco la distancia que nos separaba. Lo miraba como a un joven que fuera recogiendo cual piedrecitas por el sendero las experiencias que yo ya había hallado.

Pasaron 4 años. En Octubre de 1914 murió mi madre. En vísperas de su fallecimiento me hizo esta señora, con su característica lucidez de inteligencia que no la abandonó hasta el último momento, diversos encargos en forma verbal que yo debí cumplir después de su desaparición.

La señora Anatol Mayer, la que fué mi madre, aunque no carnal, dejaría una fortuna de más o menos Lp. 5,000,

colocada en su mayor parte en un banco en Alemania, ¡y eran los días de la Guerra Europea!

Mi madre quiso que un legado de Lp. 1,000 pasara a poder de un sobrino suyo muy querido, residente en Hamburgo, y otras Lp. 1,000 las destinó para un legado en favor de Pedro S. Zulen. Con unas donaciones más en beneficio de personas allegadas en Europa quedaron para mí alrededor de Lp. 2,000.

La buena suerte quiso que el dinero depositado en Alemania podía llegar todavía a Lima con cotización a la par, pero naturalmente, demoró antes algo el proceso de la comprobación de mis derechos de heredera. En el Banco del Perú y Londres, Sucursal del Callao, existía mientras tanto la cantidad de dinero de cuya renta habíamos sostenido siempre el gasto diario, en un depósito sujeto a la sazón a la ley de moratoria.

La salud de Zulen estaba continuamente delicada. Por salud y por atenciones de la Pro-Indígena hubiera deseado él hacer un viaje al Sur. Resolví al fin hacerle un adelanto de Lp. 700, tomadas del depósito en el Callao, sobre las Lp. 1,000 que estaban en vísperas de llegar por conducto del Banco Alemán Transatlántico de Lima.

La independencia de mi posición creada por la muerte de mi madre justificó una nueva insistencia mía ante Zulen sobre mi proposición de matrimonio, que él siguió rechazando tenazmente. Sin embargo, en el curso de esos renovados debates me vino la luz de que no había que creer a la letra lo que Zulen decía. No era con el oído que debía comprenderlo, sino mirando el juego de sus facciones y auxiliándome con un sentido psicológico más hondo que los sentidos de la vista y del oído. Los sútiles indicios pequeños afirmaban que Zulen me amaba—digan los incrédulos que esa convicción que se iniciaba en mí tímida, desconfiadamente, había sido el ardid de un corazón desesperado que quería engañarse, huyendo de una sentencia fatal—no, no era eso — eran pruebas irrefutables y cada vez más numerosas de una verdad positiva.

Zulen se convierte en esfinge. Zulen hace cosas inexplicables. Sus amigos, de los cuales conozco de cerca a algunos, y entre los cuales citaré a Arturo E. Delgado, de Oyon, y al Dr. Domingo López de la Torre, de Lima, pueden servirme de testigos, corroborando lo que sostengo yo, que Zulen era de una bondad de carácter tan íntegra que no ha podido observar por maldad la conducta que desplegó para conmigo a continuación de mis empeños recién ci-

tados de persuadirlo a una unión matrimonial conmigo.

Un día, el 16 de Julio de 1915, Zulen se despide en la mañana amigablemente de mi, y en la tarde va adonde una amiga mía, la Srta. Miguelina Acosta Cárdenas, y le comunica que no piensa volver a casa mía.

Yo protesto de esta manera de cortar nuestras buenas relaciones. A mis cartas contesta Zulen con un tono cada vez más displicente, y más inadecuado al aprecio y respeto que yo le merecía. Yo comprendo que un hombre no puede cambiar, no puede transformarse así de un día a otro, de un modo real. Ahí hay disimulo, un propósito férreo de despistar al prójimo que desea penetrar en los secretos de su mente.

El insulto en las cartas de Zulen dirigidas a mí, por correo o por intermedio de la amiga, era tanto que subrayaba la mentira que envolvían. Y al mismo tiempo, Zulen ofrece volver a ser lo que fué, si no insisto en mi pleito de amor, si acepto ser su amiga y su colaboradora, simplemente, en la Asociación Pro-Indígena.

.....
En el capítulo II de este folleto "Zulen como ejemplo", he hablado de la pureza de Zulen. De esa pureza puede dar fé una mujer que solicitó a ese hombre en amor, sin que la conciencia de la pasión que había inspirado lo condujera jamás a una manifestación indelicada o a una palabra impertinente. Cuatro años de semejante situación eran bastantes para señalar a Zulen como un hombre poco común. Puedo asegurar que la noble serenidad de Zulen ante la contingencia descrita constituyó el terreno fecundo en que florecía exhuberante mi afecto, que con el roce más leve de una vulgaridad se habría helado en el acto.

La pureza en un hombre es una calidad tan excelsa que excluye de su vecindario la sospecha de la presencia de defectos viles.

Zulen rompe conmigo, cuando todavía le faltan por recibir Lp. 300 del legado de mi madre, cuyo abono dependía solo de mi sentido del deber, no habiendo documento que acreditara la voluntad de la difunta. Zulen rechaza un matrimonio con una mujer que tenía casa puesta, Lp. 2,000 de fortuna y condiciones de ayudarlo en su carrera, sin perjuicio de las licencias que un hombre casado sabe tomarse, cuando no es de moralidad austera.

Hacia el fin de 1915, Zulen se dirige en viaje a Chile y la Argentina. Durante su ausencia, en Diciembre de dicho año, llega la remesa de dinero de Europa. Con el objeto de

probar a Zulen, pongo a su orden, en el Banco Italiano de Lima, la suma entera de Lp. 1,000 del legado, dejando las Lp. 700 adelantadas a él en meses pasados, para que él resuelva de ellos, como un préstamo o un regalo.

Una línea de aceptación o agradecimiento respecto a esa transacción, de parte de Zuleri, hasta hoy no obra en mi poder.

Zulen se ha vuelto mudo, se ha vuelto esfinge. Cuanta carta, cuanta imploración le dirijo, no la contesta. Le arranco en el curso de diez años unas diez entrevistas, grotescas, negativas, estériles. En Nueva York, donde logro verlo una sola vez, me colma de injurias. En Jauja insiste enfáticamente en su repudio de mis pretensiones.

Y cuando por lógica natural debió evitar escrupulosamente darme el menor asidero para cifrar expectativas en su condescendencia, cuando debió persistir en su hasta entonces inalterable y severo aislamiento de mí, entonces me hace pedir, mediante su hermana, un favor: la traducción al inglés de su tesis de bachiller "*La filosofía de lo inexpresable*". Eso sería en Enero de 1920. Y en Junio de 1920, acude repentinamente a mi casa en el Callao, me obsequia un ejemplar de su tesis; me propone efectuar inmediatamente el lazo de nupcias naturales, y me pide un préstamo de Lp. 400, que han de servirle en un viaje a los Estados Unidos de Norte América.

Todo lo acepto, no como una mujer débil y tonta, sino consciente de hallarme ante un insondable misterio encerrado en ese hombre, dispuesto, al igual que yo, a realizar los más altos sacrificios y perseguir los más altos ideales.

Nuestro matrimonio privado ante Dios se verifica el 25 de Junio. Zulen se embarca para Nueva York el 28 de Junio, en el "Ebro". El 26 de Junio, en la mañana, ha venido a recoger el préstamo de las Lp. 400 y a despedirse, y ha dicho: "¿No cree Ud. que es un sacrificio para mí irme a los Estados Unidos?" Y nuestros ojos se encuentran, y de los míos parte en intensa corriente eléctrica la súplica: "no se vaya". Pero hubo de ser todo lo que no queríamos.

Zulen regresa de Norte América en Octubre de 1922. Como no da un paso adonde la esposa que lo aguarda, ella se va al domicilio de su familia, que siempre estaba en la costumbre de visitar, a fin de no dejar prescribir el derecho, que se le negaba, de ser allí hija y hermana. Después de seis días de brega para obtener una entrevista con Zulen, soy arrojada de ese umbral, el 17 de Octubre, a las

diez de la noche, con el auxilio de la policía. En el último momento de mi protesta ha salido Zulen, confirmando la expulsión del domicilio, y ha proferido la frase mentirosa: "esa mujer no es nada mío".

En tenacidad e indomabilidad igual a Zulen, vuelvo en la mañana siguiente a la casa, llave 114, aunque convencida de que la puerta me sería cerrada, como en efecto fué, y como siguió, hasta que volví a conseguir admisión para ver a Zulen en su ataúd.

El vejamen inferido a mi persona, haciéndome expulsar con la policía, de una casa en que tenía derecho de familia, por el acto marital de Zulen, y en que hasta tenía títulos anteriores de agradecimiento, por los donativos de dinero, era tan clamoroso que requería una demostración superlativa de sanción moral. ¿Qué demostración hacer adecuada a las circunstancias?

En el Banco del Perú y Londres, Sucursal del Callao, vencía en aquel mes de Octubre un certificado de depósito por valor de Lp. 700, que acostumbraba renovar todos los años en esa estación. Como dije en una carta al Administrador de la citada Sucursal, el asunto social que ventilaba con Zulen había tomado un cariz que habría inducido a muchas personas en mi lugar a suicidarse. En casos en que el sér humano ve la imposibilidad de obtener justicia, el sentimiento de justicia, intensamente herido, suele volverse contra el sujeto mismo, a manera de los usos asiáticos, del harakiri japonés y los suicidios chinos.

Incapaz por contextura moral de cometer el suicidio cruento, me había decidido a cometer el suicidio económico, echando el resto de mi fortuna por la ventana de la casa llave 114, en un cheque por Lp. 700 a la orden de la señora Petronila de Zulen, madre de mi esposo.

Zulen vino a mi casa el 6 de Noviembre siguiente, preguntándome, con fisonomía áspera, qué significaba el envío de tal cheque. Le dije que no hacía sino responder con tal acto insólito a los actos insólitos de él y su familia. En seguida observó Zulen, "¿acaso le he ofrecido matrimonio?" Yo repliqué: "Ud. no necesita ofrecérmelo, porque ya lo ha realizado."

Después de una conferencia de apenas 5 minutos, Zulen se retiró.

El tiempo trascurrió. Cansada de nuevas tentativas de reducir la resistencia de Zulen, indagué en Abril de 1923 si el cobro del cheque de las 700 Lp. se había efectuado. No;

el Banco tenía a mi disposición esta cantidad que no había salido de caja.

Poco conocerían mi espíritu las personas que creyeran que yo fuera a aceptar de retorno un dinero que había lanzado como reto contra los vejámenes que se me hacían. Reasumí la posesión de la suma tan solo para repartirla entre parientes míos en Europa y un par de instituciones benévolas en el extranjero, reservando para mí un saldo de 12 Lp.

En Setiembre de 1923 entablo juicio a Zulen, como un postrer medio de acometerlo, sin resultado feliz. Faltándome un buen consejo para obtener los frutos debidos de esta tentativa extrema, desisto de la demanda, hallándome desorientada, desalentada, muy afectada en mi salud, y atrozmente abrumada de múltiples actividades.

Siempre escribo a Zulen, siempre voy a tocar la puerta cerrada de la calle de llave, pero ya no sé qué hacer, y aún quizá me descuido algo en descubrir nuevos resortes de ataque, por falta de tiempo y fuerzas.

Llega la hora de la muerte de Zulen. Clamo por ser admitida a su lado en el supremo instante. Nada. Mudadas las bocas; cerrada la puerta. Por la rendija de esa puerta implacable echo la suma de Lp. 100 en cheques circulares, cumpliendo mi palabra, dada un día a Zulen, de que me desprendería del último centavo para comprar su vida y salud. Las Lp. 100 no son aceptadas y pasan a ser depositadas, por manos de las hermanas de Zulen, en poder de la Sra. Juana Alarco de Dammert.

Una fortuna de Lp. 2,000 y pico que tenía, se ha reducido a Lp. 14 y pico, como puede verse en mi libreta de la Sección de Ahorros del Banco del Perú y Londres, Sucursal del Callao, entrega del día 7 de Enero de 1925.

Zulen se confiesa, muere en calidad de un buen católico y mi nombre se calla en todas partes. Nadie recuerda, al recordar á él, que yo fui su compañera en las luchas de la Asociación Pró Indígena; nadie reconoce que Zulen murió con una deuda inconmensurable, imborrable, hacia mí.

Las 100 Lp. tampoco las acepté de regreso. La causa de Tacna y Arica las ha recibido, esa causa que siempre he comparado con la mía, por lo interminable de la imposibilidad de llegar a un acuerdo satisfactorio.

Pero, ¿soy yo la víctima y Zulen el verdugo en esa historia que acabo de referir? No; Zulen sufre como yo, porque es solo un actor que representa al común villano humano, sin serlo. Zulen se ha prestado á encarnar voluntariamen-

te, en un arranque de ironía sublime, la maldad humana que ha querido fustigar. Zulen ha escrito con su sangre una sátira a la humanidad actual, ofreciéndose en holocausto al Cielo como el humo de los incendios de vicio y pasión que aquí abajo consumen el reino de los principios eternos de la justicia que Dios instituyó. Profundamente estudiado y deliberado, cada acto de Zulen ha estado conforme con el canon de proceder de los hombres corrientes, de los personajes que pasean ufanos sus triunfos ingloriosos por la sociedad complaciente: estudiada y deliberadamente explota él, como cualquier marido vulgar, la abnegación de una mujer enamorada, hasta dejarla despojada de cuanto poseía; agrega al despojo el vilipendio; calcula cada paso que dá, de manera que no quede prueba que lo comprometa; hace de amante sin amor, de esos amantes que no desperdician cualquier ocasión que se les ofrece y se ceban a la hora que les gusta con desdeñoso escarnio en su presa, de cuya sumisión incondicional están seguros; consigue la absolución religiosa sin obligación de restañar las heridas que ha clavado; lega en herencia a su familia su nombre y sus bienes, sin legarles a la vez sus responsabilidades.

¿No quieren creer que la nunca bien ponderada inteligencia de Zulen ha podido idear esa sátira inmensa y necesaria para redimir a una generación que va tan en bajada que es tiempo ya de llamarla á la subida? Yo, que lo he conocido como apóstol de la Causa Pró Indígena, lo creo.

Oh, sí, aquello ha sido un drama que maravillosamente ha concebido un casi innoto pensador al descubrir extasiado que había una pensadora que se allanaría a ponerlo en escena junto con él, sin dejarse engañar por apariencias, sin guardarle rencor por las torturas que la infligía.

Yo acuso al hombre que amo.

Yo tengo que entablarle juicio, no en persecución de su condena, sino de su absolución ante la faz de la Humanidad.

Se me ha hecho la insinuación de dedicar a mi amado panegíricos insubstanciales o envolverlo en la mortaja de un silencio caritativo—ninguna de esas dos cosas haré, porque lo he querido con demasiada altura para seguir tan lastimosa senda. La figura de Zulen pide luz y no oscuridad.

ZULEN COMO ESFINGE

Zulen reúne en sí las imágenes de Edipo, el Destino y la Esfinge.

En el drama griego Edipo es víctima ciega del Destino, que ha dispuesto los acontecimientos de manera que el príncipe y rey de Tebas se haga encarnación de la desgracia, o prueba, de la culpabilidad inocente.

Zulen se hace símbolo, fingiéndose culpable; se hace destino, forjando la trama de su conflicto conmigo; se hace esfinge, guardando hermético su propio secreto.

No negaré que sobre él, sobre nosotros dos, presidió un Destino que perturbó la línea del proyecto que se trazara Zulen, probablemente con esperanzas de un éxito al cual no alcanzó a llegar. Ese hado que parece condenar a una carrera trágica a todos los grandes amores en la raza humana, todavía no pudo ser vencido, ni por mí que sostenía el credo en la felicidad terrestre, ni por él que anticipara informar personalmente en una audiencia pública de nuestra trascendente causa judicial.

El hermetismo de Zulen, el estoicismo casi sobrenatural con que resistió a todos los ataques públicos y privados que le dirigí, y que no eran en su mayoría ataques de combate, sino de intensa persuasión sentimental, ese hermetismo que de su domicilio, llave 114 Lima, lo tiene trasladado ahora a su sepulcro en el Panteón General, creo que sería la más enfática prueba de la calidad excepcional de ese hombre.

Si la oportunidad llegara, alargaría este capítulo de "Zulen como Esfinge" al tamaño de un volumen, divulgando todas las tentativas que emprendí, no sólo con él únicamente, sino con su familia, que parecía formar con él un solo espíritu, y recopilando todas las invocaciones que, cual impotentes aristas que rebotan de una estatua, apenas produjeron un rasguño en su impenetrabilidad.

Yo no he acabado todavía de descifrar el enigma de la Esfinge. Todavía laboro en el problema con la tenacidad de los héroes míticos, convencida de que no hay problema de valor para la humanidad que no se resuelva al fin.

Durante todo el tiempo pasado, yo misma he trepido mucho en adivinar al Zulen esfíngico, y habiendome sido

tan difícil descifrar el sentido de su conducta, bien puedo hacer justicia a la incapacidad de adivinarlo que experimentara la totalidad del público que lo conocía menos que yo.

No me olvido de la frase que vertió el Dr. Joaquín Capelo en 1916, diciéndome que yo cometía un crimen persiguiendo a un hombre que me rechazaba.

Cuando yo comencé lo que se llamaba mi persecución de Zulen, ya yo estaba convencida de la insinceridad de las negativas suyas y de la reciprocidad de nuestros sentimientos. Jamás podría haber entrado en la tan comentada campaña sin creer contar con su simpatía oculta — pues, lo que yo hacía no era la manera de asegurar un amor aún no conquistado, y fuera de amor nada tenía que buscar en Zulen, porque yo no me había hecho la ilusión de deleites físicos o goces materiales.

Fuera de móviles de amor hacia Zulen me han guiado ciertos móviles de pundonor a fin de desvanecer inculpaciones semejantes a la grave palabra del Dr. Capelo. Mi honor exigía probar que Zulen me amaba, y probar el modo de amor que animaba a los dos.

¿Pero cómo constatar que Zulen de veras me amaba, cuando todos sus actos indicaban lo contrario? ¿Cómo persuadir a los incrédulos que ese era un drama de amor múltuo? ¡Obra de titanes!

Zulen no hablaba. Zulen se erguía, imagen perfecta de una esfinge, mudo en medio de montones de correspondencia, de recados, de interrogaciones. Su familia resistía, lo mismo que él, como una pared inánime, los empujes de mi brega desesperada. Como el indio echado con sus quejas de las puertas de las prefecturas, como un memorándum sobre Tacna y Arica devuelto de la cancillería de Chile, así vagaba yo con mis argumentos, buscando justicia, sin que amigos ni enemigos me la otorgaran.

Me dirigí a innumerables personas, antes y después de la muerte de Zulen, obteniendo respuestas más o menos bondadosas: al Dr. Carlos Valdez de la Torre, uno de mis mejores amigos con relación a este asunto; al Dr. Francisco Chuquihuanca Ayulo, de Puno; al Sr. Ernesto Sanguinetti, en Jauja; al Dr. Manuel Vicente Villarán, al Dr. Borja García, al Dr. Carlos Wiese, a don José M. Eguren, al Padre Agustín Arruti, al Padre Abreu, al Arzobispo de Lima, a la tía de Zulen, señora de Oliva, a las doctoras Esther Festini, Elvira Rodríguez Lorente y Miguelina Acosta Cárdenas; a la señorita Carmen Arróspide,

la Sra. Juana Alarco de Dammert, y en Estados Unidos de Norte América, al sociólogo don Edward Alsworth Ross, de la Universidad de Wiscousin, a la Dirección del semanario "The Survey", y al Dr. Félix Adler, promotor de la idea de la Liga de Educación Moral y en Londres al Sr. Gustavo Spiller, Secretario del primer Congreso Internacional de las Razas. Finalmente encontré en el amigo y abogado de Zulen, Dr. Domingo López de la Torre, la casi única mentalidad bastante afin para poder ayudarme eficazmente en mi tarea.

Por falta de una confesión de parte de Zulen, o aún de un testamento suyo, veo delante de mí el trabajo abrumador y penosísimo de aducir pruebas, como mejor pueda, en apoyo de mi teoría, con el fin de convertir la opinión pública, rehacia a profundizaciones psicológicas, a las conclusiones mías.

Mi arma especial serán en esta empresa los argumentos de acuerdo con el método de la *Gestaltpsychologie*. Llamo como testigos a los amigos de Zulen, pidiéndoles que declaren si la figura de Zulen que ellos recuerdan, admite la sospecha de un fondo de villanía tal como habría que reconocerle si no se hallase alguna explicación extraordinaria a la conducta positivamente monstruosa que ha observado para conmigo, de paso sea dicho, con la cooperación de su familia.

El acto de Zulen de pedirme puericias naturales en 1920, después de su perseverante actitud hostil desde 1915, podría ser interpretado como un rapsódico deslíz o un vejamen o insulto gratuito? ¿Podía él tener motivo de saciar en mí una venganza o de humillarme con el más bajo de los desprecios; podía él buscar en mí la prostituta que abunda para el hombre que padece ciertos apetitos? No, semejantes motivos quedaban excluidos por nuestros recíprocos antecedentes.

Creo recordar que en el oratorio del Abate Perosi "La Resurrección de Lázaro", hay un compás musical con tonos agudos y cortantes, que significan el momento en que el sepulcro de Lázaro se abre y sale el resuscitado: "atados las manos y los pies con vendas y su rostro envuelto en un sudario".

Quien oyera ese compás del oratorio sin saber qué sentido tiene dentro del total de la obra, juzgaría que esos eran sonidos discordantes y feos, notas que no cabían en el arte de la armonía.

Los vulgos a quienes hablara de mi historia, juzgarían el acto de Zulen de la misma manera como podría juzgarse el compás citado de "La Resurrección de Lázaro": sólo, sin su cohesión con una trama grande. A los científicos, a los filósofos, les preservarían de caer en tal error las advertencias del método de la *Gestaltpsychologie*, que establece la distinción entre las cualidades simples y las Gestaltcualidades o sea, las cualidades sobre cuyo mérito no es posible pronunciarse sin consultar la estructura a que se adaptan.

Emplazo por eso también a los enemigos de Zulen, si los haya, después de que su actividad regeneradora ha cesado estorbando lucros y denunciando abusos, que presten testimonios documentados de maldades cometidas por él, a fin de hacer verosímil que haya querido cebar una maldad en mí.

Procediendo desde un punto de vista bajo, Zulen habría intentado aprovechar de mi persona y de mi fortuna en otra forma que la extraña que adoptó. Sé que el Dr. Valdizán puede atestiguar que Zulen desechó, aparte de mis proposiciones, por idealidad, oportunidades seguras de éxito pecuniario y social.

Yo digo, aplicando el *test* de la *Gestaltpsychologie*: un hombre que por un lado ha sido invariablemente serio, abnegado, puro y bueno, tranquilo con la serenidad de una conciencia limpia, no puede tener por el otro, ratos como los hombres bestiales que no respetan mujer fuera de su madre y hermanas, que son capaces de explotar la abnegación femenina para holgar con los dineros de la consorte que los ama; y que al morir tienen tantas culpas que se encuentran forzados a cancelar sus deudas morales en una absolución clerical que es triste liquidación de insolventes.

LA FIEBRE AMARILLA

Mis lectores van a sufrir el mismo chasco que me di yo al ver ese epígrafe, creyendo que se trataba de algún ensayo sobre bacteriología o cosa por el estilo.

Me hallaba en casa de la familia Dammert, en la calle de San Agustín 240, esperando a la señorita Luisa, que había salido, y con quien tenía que discutir un asunto relacionado con Zulen. La culta atención de la señorita Susa-

na me había proporcionado, para abreviar el tiempo, entreteniéndome, una revista francesa "L' Illustration", hebdomedario de París, edición de Mayo 30 de 1925.

Hojeando el periódico advertí ese rubro "*La Fiebre Amarilla*" y pensé leer algo sobre el suero del médico japonés Nogi, o sobre las hazañas del norteamericano Dr. Hanson, quien declaró haber limpiado al Perú de la fiebre amarilla para toda la eternidad (consta en los reportajes de la época), aunque con las lluvias de Marzo del año presente bien podría haberse extendido, si no fuera por la bondad de la Naturaleza, semejante epidemia en la región de Piura y Trujillo hasta no dejar un bicho vivo, y aunque solo ese segundo Gorgas haya hecho creer en Norte América que el Perú era sujeto al flajelo cual la zona del canal de Panamá en tiempo de Lesseps.

Pues bien, era el 13 de Julio de 1925. Y leí el artículo sobre la Fiebre Amarilla. Y la dolencia de que se escribía ahí no era la enfermedad epidémica que solía arrasarse con los habitantes de las regiones de Panamá, Guayaquil o Río Janeiro, sino una morbosidad que actúa en un radio mucho más vasto: era la fiebre del delirio por el metal amarillo, por el oro.

El autor de la meditación hacía referencia a la vieja, profunda leyenda germana, a la leyenda de los "Nibelungos", que el mago de la ópera alemana, Ricardo Wagner ha tratado en su tetralogía musical: "El anillo de los Nibelungos", con el prelude "Oro del Rhin".

La desgracia de los Nibelungos proviene de que el malévolo enano Alberis ha forjado un anillo de oro al cual está ligada la venganza de los dioses.

- El núcleo moral del drama, cuyo primer manuscrito es del siglo XIII de nuestra era, resplandece en la frase: "*No se puede poseer el oro sino después de haber renunciado al amor*".

Efectivamente ¡cuántas veces tiene que haber el individuo negado su corazón al amor humano, para haber podido acumular montones de riqueza! Desde los tiempos paganos, y los tiempos de Palestina, y los tiempos de la caballería andante hasta los tiempos de hoy, la solemne verdad ha sido la misma: si amas a tu prójimo, si escuchas sus necesidades, no puedes enriquecer. Por días, por momentos, la inclinación a ser justo o compasivo con tu hermano, te arranca de las manos las monedas que tuvieras destinadas para la caja de ahorros.

Sin embargo, yo he pertenecido a la clase que tiene fortuna, y no soy ni comunista, ni obrera. En los primeros días en que ventilaba mis asuntos con Zulen, yo decía a éste: "Ud. y yo somos dos caracteres que no haremos dinero con nuestro trabajo, porque es trabajo de convicción, de lucha y de doctrina que nadie compra. Felizmente, yo poseo un capital con el cual podremos vivir modestamente, con entera independencia y prosiguiendo nuestra propaganda reivindicadora del indio y de los derechos humanos hollados en general".

La fortuna era en mi concepto la condición indispensable de la vida física, y la condición indispensable de libertad moral, pues, sin dinero ¿cómo podría trabajar un predicador intelectual? En ganarse el pan se le irían fuerzas y tiempo, y en la busca del pan tropezaría casi a cada paso con un mandato de deponer sus ideales.

En mis prácticas he sido poco dadivosa. Jamás he dado un centavo a un mendigo en la calle, ni a solicitantes desconocidos, y solo veinte centavos, el mínimo de la obligación forzosa, a obras públicas de beneficencia. Aún a personas conocidas he otorgado auxilio sólo con parcidad.

Mi madre era lo que se llama caritativa, yo no. Mi dinero lo había reservado para el objeto de asegurar una frugal subsistencia, sostener algunos cultos placeres y costear la impresión de publicaciones que me interesaban. No he sido, ni soy enemiga de la diferencia de fortunas, porque estimo que ella responde a una diferencia de capacidad individual de manejar medios de empresa. Pero soy enemiga de un afán de fortuna, de un delirio de riqueza, que opaca la mente y reseca el corazón hasta tornarlo en piedra. Soy enemiga de una sed de oro que es fiebre — fiebre amarilla.

He conocido a madres ancianas a cuyos hijos les ha dolido gastar en su alimentación cuando estaban sanas y en su asistencia cuando estaban enfermas. He conocido a personas ricas escatimar una remuneración a sus empleados, mientras que compraban cajas de chocolates de lujo a sus hijos, que con el engreimiento crecían anémicos y malhumorados. He visto aquí a una mujer joven, madre de tiernos hijos, morir por falta de un cambio de temperamento que habría cortado a tiempo la dolencia que la llevaba a la tumba y allá las casas espaciosas donde se le podría haber franqueado un rincón, o las cajas repletas, de

donde podría haber salido un alquiler en obsequio filantrópico. He visto el ajeteo de los pudientes, consiguiendo para los mendicantes, tras largos trámites, un auxilio de las instituciones públicas de beneficencia, cuando con unas libras sacadas espontáneamente de su bolsillo, podrían en cada mes haber aliviado una docena de males, sin sufrir siquiera una merma en su comodidad y sus lícitos placeres. He visto a los ricos derrumbar las casas para pobres, con el objeto de erigir fincas con departamentos de a Lp. 40 de alquiler, cuando la crisis de la habitación pedía que el poder del capital acudiera para corregirla.

He notado el hecho curioso, paradójico, de que los ricos hacen negocio de venta con menudencias que los pobres regalarían. He observado que un rico casi nunca da un verdadero socorro, sino que manda a los solicitantes a las cajas públicas, a cuyos fondos contribuyen con cuotas idénticas, y no con cuotas proporcionadas, los pobres y los rentados.

He oído la ironía en el tono al pronunciarse la frase "amor al arte". En tiempos de epidemia de la Fiebre Amarilla, nadie tiene "amor al arte". La labor social, los congresos científicos, los proyectos educacionales, los movimientos obreros, los movimientos patrióticos, los movimientos intelectuales — nada es por amor al arte — nada es por el ideal que se aparenta perseguir, sino por la sed de la Fiebre Amarilla.

Cuando Zulen se fué a Norte América en 1916 y yo me sentí compulsada a seguirlo, me lamenté del dinero botado en esos viajes, que mejor podría haber servido para fomentar la savia de la Asociación Pro-Indígena, cuyas ramas secadas por la catástrofe de Abril esperaban retoñar como la vara de Tanhauser y el báculo de San Cristóbal.

Todavía no creí entonces que me sucedería llegar al punto de quitarme con supremo uso de razón y conciencia de debajo de las plantas el pedestal de una seguridad económica que me garantizara siquiera un interés de 3 libras mensuales, con qué atender a las más premiosas de las necesidades materiales humanas. Todavía no creí alcanzar tal extremo, cuando concedí a Zulen el préstamo de Lp. 400, en Junio de 1920, quedándome un capital de Lp. 700.

Pero después de la afrenta que me fué ofrecida el 17 de Octubre de 1922 en la casa llave 114, abandoné la idea de las seguridades económicas, y me eché en brazos del Dios que presidía sobre aquella mi suerte imponderable.

Me ganaba entonces la vida con lecciones de inglés, y unas cien libras que hacían el resto de mis pasados haberes servirían de reserva para un caso de enfermedad.

¡Y también esas Lp. 100 se fueron a la hora de las agonías de Zulen, porque tenía que cumplir lo que le había ofrecido en una carta que le envié de Nueva York a Cambridge, Mass., en Octubre de 1916!

Luisa Dammert, la buena, la mujer a la vez corazón y reflexión, me aconsejó meditar antes de enajenar esas Lp. 100, cuya falta podría llevarme, según la expresión alemana que ella recordó en ese momento, al "Bettelstab", o sea, a la mendicidad.

Mi resolución no pudo ser alterada: "No se puede poseer el oro sino después de haber renunciado al amor".

Zulen y yo nos habíamos embarcado en una empresa tan grande que, como argonautas del ideal, y no del vellocino de oro, no cabía en nosotros cejar ante cualquier peligro.

Era un voto sagrado el que me obligaba a enviar esas últimas 100 Lp. allá donde habían ido las 700 Lp. en el año 1922, y las 400 en el 1920, y las 700 en el 1915, además de las 1000 Lp. que fueron el legado de mi madre para Zulen.

En el mundo moral que habíamos evocado Zulen y yo del fondo de nuestra mentalidad, no reinaba la Fiebre Amarilla. En nuestro mundo los valores eran distintos que en el mundo social contemporáneo, edificado por otro género de seres humanos. No luchábamos por remuneraciones, ni monedas, sino por principios. En nuestro lenguaje la palabra "dinero" no significaba lo que significaba para los demás. En el lenguaje de todos los otros el dinero ha sido signo de compra y venta — en el nuestro el dinero era signo de entendimiento del amor. Diré cómo.

Cuando Zulen no se dió por aludido con la consignación en el Banco ni de las Lp. 1,000 del legado de mi madre, ni de las Lp. 700 que tomaban el carácter de un obsequio mío, comprendí claramente que algo anormal sucedía. Algo anormal y no algo censurable, lo comprendía yo en el acto, porque para no pensar mal de Zulen había trabajado durante siete años a su lado en una obra apostólica, y lo conocía bien.

Sabía que la dignidad de Zulen habría prohibido aceptar un donativo mío, si no me hubiese considerado como la compañera de su alma y vida, y supe tanto más que su actitud no quedaba dentro de los límites de lo usual, por

cuanto ni siquiera cumplió con la fórmula de un agradecimiento y siguió, al contrario, con una serie de manifestaciones hostiles.

Sin embargo, yo reconvine a Zulen, en cartas, de no dedicar el dinero recibido a la continuación de su propaganda pro-indígena, que constituía el origen inamovible de su relación conmigo y con mi madre, y de gastarlo en lejanas tierras, extrañas a la idealidad peruana, o en ostentar una elegancia superflua en su vestir.

Pero mis escrúpulos morales a estos respectos se doblegaron ante el poder de la impresión total producida por la historia desarrollada entre los dos. No pasa un año hasta que entramos en la tumba en que no ganemos algo de apreciación mejor de las cosas.

Nunca he tenido Fiebre Amarilla, pero ahora puedo decir que aún el resto de microbios inócuos de esa especie que podría haber conservado en la boca, me ha abandonado.

¿Qué haría Zulen con esas cantidades que recibió de esta su casa? ¿No las tocaría, y las tendrá guardadas hasta hoy algún tesorero a quien las confiara? ¿O las gastaría en tentativas de curar su enfermedad, uno de los objetos expresos para que le habían sido dadas? ¿O adquirió con ellas gran parte de su notable biblioteca? Por cierto que no las gastó en nada indigno y moralmente improductivo. Si se permitió la adquisición de algunos artículos de lujo, ¿quién se atrevería a reprocharle sus gustos estéticos, blasones de la cultura de sus dos razas originarias, la peruana y la china? Si se vistió con comentada elegancia ¿no era ese en su caso un medio indispensable para surgir, no siendo de abolengo, ni de raza blanca, sin ser pisoteado por una sociedad que nada entiende de valores interiores?

La convulsión de la lucha realizada entre Zulen y yo ha tendido a voltear hacia la superficie las capas ocultas de la vida humana. En la superficie todo es hasta ahora campal batalla de todas las clases, y de hombres y mujeres, por salarios, oportunidades de lucro, capitales y oro en cualquiera forma. Los principios, los sentimientos desaparecen como las tumbas preciosas de Egipto, como las sólidas murallas de la China, como las clásicas columnas de Grecia y Roma, como las orfebrerías de los hitos incaicos, como las huellas de la historia de la Especie, bajo la invasión de arenas estériles y volubles que hacen olvidar los procesos de cultura ya actuados en la Tierra.

Lo cubierto volverá a descubrirse, lo enterrado volverá a desenterrarse, y extirpada la Fiebre Amarilla con sus delirios brutales, reinarán de nuevo, reasumiendo su eterna supremacía en los corazones y los cerebros de los hombres, los sentimientos y los principios.

TRISTAN E ISOLDA

En su Programa de Psicología cita Zulen como ejemplo a Tristan e Isolda en calidad de tipos del amor-sentimiento, en contraposición a Romeo y Julieta, que son tipos del amor-pasión, que es forma mórbida del afecto.

Tristan e Isolda son figuras de la antigua leyenda nórdica, de esa leyenda honda y elemental que ha inspirado la futurista música wagneriana, y en cuyas profundidades bebía Zulen con deleite.

Tristan, un pundonoroso caballero celta, va a la corte de Irlanda con el objeto de pedir en nombre de su tío Marco, rey de Cornuvalles, la mano de la rubia princesa Isolda. Aceptada la solicitud matrimonial, Tristan se embarca con Isolda para conducirla adonde su esposo. La madre de Isolda coloca entre los bagajes de su hija un elixir de amor, en el que desea comulguen los desposados, a fin de gozar de perfecta felicidad. Por un error, Isolda prueba durante el viaje de ese elixir en compañía de Tristan y desde luego, no surte el brebaje sus efectos con aquel con quien ella debió beberlo. El amor se enciende invencible entre Tristan e Isolda.

Ya existía un lazo preliminar entre los que de la manera descrita resultaron recíprocos amantes. Isolda había curado a Tristan en días pasados de una peligrosa herida causada por un dardo envenenado. Largo sería seguir las aventuras consignadas en ese viejo romance, que por la fuerza de su argumento emotivo se propagó en la Edad Media por toda la Europa culta. Todos los corazones humanos comprendían la elocuencia de esa historia en que se pinta el choque del derecho fatal de amar con el derecho creado por las instituciones de moralidad social.

Isolda ha sido recibida por el rey Marco tal como lo disponía el contrato nupcial, y es su esposa. Pero la magia del amor la arrastra en mil ocasiones hacia Tristan. Marco descubre el drama oculto de los amantes, los persigue, y recupera a Isolda que se había ausentado de su hogar legiti-

mo. Tristan toma por esposa a otra Isolda, aunque no deja de visitar todavía a la Isolda de su amor. En una batalla contrae Tristan una herida mortal y manda entonces por su Isolda, cuyas manos serían las únicas que podrían sanarlo. Isolda, cuando acude a la llamada, encuentra ya muerto a su amado y expira sobre su cadáver. El rey Marco, conmovido de la tragedia e informado del origen de ese amor, en que no cupo responsabilidad de parte de ninguno de los dos amantes, hizo enterrar a ambos en una sola tumba, y sembrar sobre el cuerpo de Isolda un rosal y sobre el cuerpo de Tristan una parra, cuyas ramas en tal grado se entrelazaron que jamás nadie las pudo separar.

.....

En la leyenda de Tristan e Isolda ha querido la humanidad expresar su concepto de un amor que es más que amor pasional, más que amor fatal: que es amor absoluto. Amor que no puede ser criticado, ni censurado, porque es amor que desciende directamente del Amor Infinito y Eterno de la Divinidad que es origen de todos nosotros.

El amor de Zulen y yo es comparable al amor de Tristan e Isolda.

No sé si podré persuadir a mis prójimos de la exactitud de mi teoría, pero yo sostengo que un amor como el mío entraña su propia garantía. Un amor, del destino como este no puede ser sino mutuo y no puede ser sino inspirado por un hombre que lo merece.

Siempre me dí cuenta de que en mi amor por Zulen actuaba tanto y casi más, la subconciencia que la conciencia. En las dudas que vigorosas y a menudo podían acozarme respeto a la justificación que yo haya tenido de embarcarme en mi insólita aventura, hubo de repetirme una y mil veces la disculpa de que una fuerza superior me empujaba. El efecto que la presencia de Zulen, su mera sombra inseparable de mi interior, me producía era como la atracción que por una ley elementad ejercen entre sí los astros. Recuerdo una tarde en Jauja: Zulen predicaba, parado en las gradas de la casa consistorial, con voz fatigada a un pequeño grupo de indios, y yo pasaba, como la luna que siente el sol, guardando la distancia astronómica.

No había como reconciliar mi sentimiento a una renuncia a la aspiración de vivir en íntimo contacto de emo-

ciones e ideas con ese hombre. Yo había sufrido mucho ya cuando conocí a Zulen, y él también había sufrido mucho y tenía gran capacidad de sufrir, por la sensibilidad extrema de su carácter. ¿Poder desistir jamás de mi misión femenina de compañera del hombre cuando había *"hallado el eco enmudecido del vencido de dolor?"*.

El Zulen de afuera no me subyugaba tanto como el Zulen de adentro, ese Zulen que detrás de su opaca exteriorización revelaba algo como una inmensa nebulosa que gestaba un mundo para el porvenir—para un porvenir tan vasto que trascendería la vida presente.

Sí, puedo comparar el amor de nosotros al amor de Tirstan e Isolda. Evidentemente acusan ambos caracteres parecidos: no es el nuestro realmente apasionado, sino intenso, pertinaz a toda prueba; es un amor fatal, porque ni él ni yo lo pedimos, sino que nos vino de lo alto, cual un dón, cual un problema supremo; es un amor absoluto, que ha resistido con tenacidad insuperable todos los desagradados que mutuamente nos ocasionábamos. Es un amor más notable quizá que cualquiera consignado en los anales románticos de la humanidad, por la circunstancia de surgir los obstáculos a este amor de la pareja misma y no del medio hostil externo. Es un amor que en mí se ha mantenido casi sin nutrición y en el cual los estragos del ayuno pueden explicar fugaces desfallecimientos.

"Nadie ni nada podrá despojarla de mi amor", había escrito Zulen y había repetido yo, cambiando el género del sexo. Ni la defraudación ni el insulto aparentes, ofrecidos por Zulen, pudieron voltear la mente mía, ni los, sin duda mortificantes, incidentes consiguientes a la campaña que entablé, pudieron alterar la ecuanimidad de Zulen. Creo que Zulen podría haberse casado sin terminar mi insistencia. La contemplación de este caso llegó temprano en la época de nuestra controversia. Zulen hablaba de querer-se casar con otra; el rumor le atribuía una novia. Sobre el punto dejé una carta en manos de su padre, en 1915. Nunca viví del todo tranquila de la aprehensión de que Zulen fuera capaz de preparar una estocada como esa para mí, y esa aprehensión me tendría insensiblemente con tanto miedo de violentarlo. Era el nuestro un amor de almas que se atraían y compenetraban por la afinidad, y yo habría consentido, aunque a costa de algún natural dolor o resentimiento, en que Zulen hubiese pagado un tributo de huma-

nidad, dando su cuerpo a otra mujer. No insistía en su perfección completa para quererlo.

La estructura de Zulen y la mía se haría con material bastante similar y sin embargo diferente, lo suficientemente diverso para que no fuésemos uno sino dos, y gozásemos así de la condición esencial para podernos amar de individuo a individuo.

En el principio de mi odisea no poseía todavía la cabal firmeza de convicción, de fé en las causas justificadoras de mi proceder que he adquirido hoy; pero, ante todo reproche que quisiera hacerme el público o que cediera a hacerme yo misma, volvía la réplica: "actúo por motivo de un amor que no es obra mía sino de Dios."

Y esa sociedad que me censuraba ¿qué pensaba? ¿Habría preferido que yo no hubiese sabido lo que es amar, y fuera sólo cerebro sin corazón? ¿O que experimentara un amor tan débil que se detuviera ante un par de barricadas erigidas por un uso hecho sin consejo de las ciencias psicológicas, hechas dentro de una ley que ignora que la vida se expande, rompiendo los moldes?

Solo por el amor que me inspiró Zulen he podido llegar a sentir que siquiera he consumado alguna labor positiva en el ciclo de años de mi vida presente. Sin ese amor habría sido una de tantas, que se dan el placer de escribir cómodamente sobre reformas públicas, logrando menos éxitos para los demás que renombre para sí mismos con sus palabras, palabras y palabras. Siquiera ahora puedo decir que he cumplido con el precepto de Cristo que los seres humanos, hombres y mujeres, más se resisten a observar y que debe de ser, por más difícil, el más redentor: he cumplido con el precepto: "si quieres ser perfecto anda, enajena lo que tienes y ven, sígueme". He dado un ejemplo que ojalá tenga imitadores para que se componga este mundo que Zulen soñó corregir con la Asociación Pro-Indígena, la clásica, la inolvidable.

Volverán quizá a formarse todavía Asociaciones Pro-Indígenas, pero la primera, con la enorme consagración de dos almas apoyadas la una en la otra por el amor, no volverá. Como tampoco volvería una Cuna Maternal de espíritu igual a la No. 1, de la Sra. Dammert.

No expiré sobre el cadáver de Zulen, porque la Provi-

dencia quiso probablemente borrar de mis conceptos la última sensación del abismo que parece haber entre la tumba y la ultratumba. Aquí en este plano donde el atraso pretende solidificarse, debo difundir aún el elixir disolvente y fecundante de mis esperanzas. Sostengo, como el primer día, el evangelio de la felicidad, que estimo ser la meta del género humano. Más feliz que los llamados felices, en la posesión de un tesoro del alma, confío en que la aurora del mañana será más despejada que lo fué el amanecer de hoy.

Octubre 3 de 1925.

EPILOGO

CARTA AL ARZOBISPO DE LIMA

Lima, Viernes Santo, Abril 10 de 1925.

Ilmo. Monseñor Emilio Lisson
Arzobispo de Lima

Ciudad.

Señor Arzobispo:

Acudo a Ud. como el Jefe de la Iglesia Peruana, en consulta sobre un asunto muy especial que procederé a exponerle. No soy católica y no sé por esto cual pueda ser el criterio sacerdotal respecto al problema en cuestión y por tal motivo justamente, me es indispensable conocer su valiosa opinión, que con alto respeto solicito.

Me refiero a la disputa que durante años he sostenido con el ya difunto Pedro S. Zulen y que se ha hecho notoria en el Perú.

Pedro S. Zulen ha sido el apóstol de la causa indígena y reformador moral en la Universidad de San Marcos. Absorto en el trabajo ha agotado sus fuerzas vitales; contraído a su casto hogar ha muerto, pobre, lejos de las ambiciones políticas á que el talento suele seducir a otros hombres, en los brazos de su madre, y su desaparición ha despertado un homenaje dulce y doliente de los corazones buenos, de los espíritus anhelantes de idealismo en el Perú. Zulen ha muerto católicamente, en pleno uso de sus facultades, cumpliendo con los deberes de su religión.

Y a la hora en que Zulen moría, una mujer clamaba a sus puertas, una mujer que a los 52 años de edad le había entregado su virginidad, no en un sentido de pecado, sino en un acto de fé, creyendo sellar un apostolado a que él y ella habían sido llamados juntos por el Destino Divino.

Esa mujer imploró a la madre de Zulen admitirla al lado del moribundo, para saber la verdad final de los labios de un hombre que de una manera inexplicable la había tratado y que llegaba al momento de encararse con el Supremo Juez; esa mujer fué hasta donde el Padre Abreu de la Compañía de Jesús, solicitando su influencia religiosa para que, en caso extremo, le consiga un matrimonio en artículo de muerte. La madre le niega el acceso al hijo; el sacerdote no oye sus súplicas.

Y muere Zulen, dejando afuera en el abandono, sin un recuerdo, sin un desagravio, a esa mujer, cual si fuera un cero en su conciencia, o una Salomé, la impúdica pretendiente de San Juan Bautista.

Señor Arzobispo, querrá Ud. apreciar lo que pasará por el alma de una mujer herida en tal forma? ¿Querrá Ud. decirle si para el dilema de ella habrá o no algún remedio?

El único que podrá saber si de los labios agonizantes de Zulen fluyera mi nombre es su confesor, el Padre Agustín Arruti, de la orden de los Descalzos.

¿Sería posible que la autoridad eclesiástica de Ud. relevara a dicho Padre de guardar el secreto de la confesión y lo hiciera hablar en vindicación del honor de Zulen y mío? Porque también el honor de Zulen está envuelto en la incógnita de que trato. Puedo atestiguar a Ud. y al mundo entero con pruebas perfectamente fehacientes cual ha sido la implacable conducta de Zulen hacia mí entre los años 1915 y 1925. Ese apóstol, ese católico cumplido borra con la negación absoluta de sus obligaciones hacia la mujer que en el período aludido le sacrificó su fortuna, su salud, su ser entero, no digo el mérito de sus acciones ante la sociedad, sino hasta el mérito del sacramento que debió ayudarlo a entrar al recinto eterno.

Si Zulen ha sido íntegro ¿no tendrían sus manes que pedir que se disuelva esta mancha que nubla su historia?

Zulen y yo somos dos figuras que posiblemente al-

cancen a ser contempladas interrogativamente por la posteridad y es así, señor Arzobispo, que he tenido el valor de intentar obtener de los dictados de su elevada conciencia una reparación del mal aparentemente irreparable que me ha sobrevenido con la muerte irredenta de Pedro Salvino Zulen.

Me parece que a tres jueces soy responsable de mi vida: a Dios, a mi conciencia y a la Humanidad.

Ante Dios no necesito de explicaciones, porque El es omnisciente; mi propia conciencia podría quizá hacerse su propia explicación tranquilizadora; pero, para la Humanidad necesito un testimonio que convenza, si quiero evitar que su juicio ofenda la memoria del finado Pedro S. Zulen y la mía.

Ruego a Dios que mis palabras, brotadas de un corazón intensamente atormentado, tengan fuerza para conmover el sentimiento íntimo de Ud. y de repercutir allá donde en el amor a su madre habrá Ud. contraído piedad para toda mujer.

Se suscribe la que con indecible anhelo espera su consejo.

Dora Mayer de Zulen

VEREDICTOS Y TESTIMONIOS RECOLECTADOS POR MI

Itmo. Mons. Emilio Lisson, Arzobispo de Lima:

Nada puede hacerse, porque Zulen ha muerto.
El secreto de la confesión es inquebrantable.

Dr. Pedro M. Oliveira, Profesor de Derecho Romano de la Universidad de San Marcos y Miembro de la Comisión Reformadora del Código Civil:

Nada puede hacerse ahora que Zulen ha muerto, ni habría podido hacerse en vida de él, si se mantenía en su negativa.

La historia que Ud. relata envuelve evidentemente un misterio.

Dn. Carlos Arenas Loayza: Profesor de Derecho Civil de la Universidad Católica:

Ud. presenta un problema de orden puramente sentimental y sus conceptos sobre los móviles de Zulen son puramente fantásticos.

Dr. Domingo López de la Torre, Miembro de la Junta Directiva del Ilustre Colegio de Abogados:

El caso que Ud. me ha expuesto, envuelve un problema ético, que la justicia legal no puede acoger ni menos resolver, pues, cualesquiera que fueran los medios procesales que se intentaran, permanecería ante su congoja, muda, hermética, inexorable, como una esfinge.

Conforme a los principios de Derecho universal, el matrimonio es un acto jurídico que sólo puede existir por virtud de su propia celebración. Ni la ley civil, ni la ley canónica, reconocen actos sucedáneos del matrimonio, con eficiencia para consagrar el estado civil que usted reclama. Ante el Derecho, que tiene un sentido objetivo y formal, no basta la pureza y solemnidad de una intención para dar valor legal a la unión privada del hombre y la mujer, que, como mera unión de hecho o natural, sólo puede dar origen a acciones coercitivas, cuando intervino la seducción o la violencia, para reparar el derecho lesionado.

Pretender que los Tribunales o la Iglesia reconozcan un matrimonio que no se celebró —desde que sólo puede darse tal nombre a la unión realizada al amparo de la ley— es pretender nada menos un imposible metafísico-jurídico. El poder público, en su elevada función judicial, no puede en manera alguna otorgar dicho reconocimiento, que importaría la violación de postulados cardinales, sobre los cuales reposa el orden jurídico del mundo.

Ni aún el legislador, creador del derecho, tendría potestad para deferir a tal reconocimiento por una ley especial, porque sus poderes extraordinarios no pueden dar existencia legal a un matrimonio inexistente. Los actos de gracia que él acuerda tienen un sentido de

mero beneficio personal, sin que ellos puedan implicar declaraciones de vínculos jurídicos preexistentes, que sólo pueden generarse por el libre consentimiento de las partes a quienes afectan.

Con todo, si el doctor Pedro S. Zulen viviera, creo que usted habría podido intentar una acción judicial destinada a conseguir el cumplimiento de una promesa, si es que ésta lealmente fué la condición que dió vida al acto que se invoca como fundamento de este problema. La suerte de dicha acción habría quedado librada por entero a la buena fé y probidad del demandado, cuya confesión habría tenido que ser el único elemento de convicción al alcance del criterio de los jueces para definir la controversia.

Hoy, desgraciadamente, nos encontramos frente a un caso póstumo, ante el cual los defensores del derecho, nos inclinamos con profunda simpatía, y esperamos que el veredicto de la conciencia social que usted demanda, tenga para su espíritu atormentado una generosa eficiencia de justicia reparadora, que pueda sellar para siempre un proceso doloroso, que, como obra del amor, lleva en su espíritu la angustia inefable de una felicidad desvanecida por las asechanzas misteriosas de la vida.

Arturo E. Delgado:

Es imposible que Zulen haya sido en verdad tan inicuo como sus actos lo presentan.

Emma Davis:

En una ocasión Zulen me dijo "soy un apóstol".

Magdalena Barbeta (preceptora en Chinca Alta):

Zulen me decía "tengo una compañera, Dora Mayer, en mi misión pro-indígena".

Dr. Carlos Valdez de la Torre (en abril de 1916):

Zulen me dijo “sufro mucho”.

Está tan delicado que con la menor impresión podría caerse muerto.

Dra. Miguelina Acosta Cárdenas:

En Jauja me refirieron que Zulen había dicho “casi todo lo que soy lo debo a Dora Mayer”.

Sra. Juana Alarco de Dansmert (en 1916):

Zulen me dijo “Nunca he encontrado una mujer que tenga más afinidad conmigo que Dora Mayer”.

Yo, Dora Mayer de Zulen digo:

En ciertos casos el sentimiento, fundado en hechos, podría y debería ser causa de un derecho. La solemnidad de mi intención ha hecho que pretenda que mi estado civil sea de casada y no de soltera, y reconozco un vacío en los poderes eclesiástico y judicial, cuando se declaran incapaces de consagrar esta aspiración mía.

Quizá hallaría lo que busco en el Brasil, donde la Iglesia Positivista tiene la palabra **esposa eterna** para la dulce compañera del fundador de la República, Benjamín Constant; o en el Japón, donde un padre declara realizadas las nupcias de su hija después de la muerte del novio; o en el Portugal, donde Inés de Castro, asesinada y exhumada de la tumba, es coronada al lado de su esposo, Pedro I.







UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL



00006004977